



# RELACION

## DE LOS DESAFIOS HECHOS Y valentías del mas jaque de los hombres Francisquillo el Sastre.

**S**alga el acero á brillar  
pues soy hijo del acero,  
hijo soy de Pedro el sastre  
y nieto soy de mi abuelo.  
Francisquillo soy el sastre,  
el que á nadie tiene miedo,  
el que hará que tiemble el mundo  
con sus heróicos hechos.

Venid aqui forradores  
de palos con los pellejos,  
pantomimistas de lunes,  
revolvedores de pueblos.

Llegad los de la madera  
fanfarrones carpinteros,  
aunque con vosotros vengan

esos prosas codaceros.

Tejedores bailadores,  
juntaros con los barberos,  
y salid con este á campo  
que tiene perdido el miedo.

Labradores hortelanos  
y forzados molineros,  
hoy os desafia un sastre  
que tiene la sangre hirviendo.

Vengan jueces y abogados  
escribanos muy ligeros,  
que á un plumazo que yo os dé  
os dejaré sin aliento.

Venga Bernardo el del Carpo,  
ese guerrero soberbio

con su espada y su rodela  
que no le teme esta pecho.

Venga el moro brabonel,  
ese jaqueton lancero,  
que le quitaré el turbante  
y le haré cristiano nuevo.

Venga el mismo Fierabras  
vengan Roldan y oliveros,  
y hasta Carlomagno venga  
si perder quiere el pellejo.

Vengan hoy todos los guapos  
llegan aqui barateros,  
venga el soberbio mas grande  
capitán de bandoleros.

Vengan Ponces y Leones  
los Guzmanes y carreros,  
vengan cuantos hijos dalgos  
pongan los pies en el suelo.

Venga aunque sea el demonio  
con todos sus compañeros,  
que á estocadas les haré  
que vuelvan á los infiernos.

Y pues nadie venir quiere  
que todos me tienen miedo,  
vereis hazañas de un sastre  
pues ahora contarlas quiero.

Apenas cumplí veinte años  
salí un dia de paseo,  
como me hallaba en Madrid,  
hasta el puente de Toledo.

Llegué á un juego de cané  
que habia mucho dinero,  
y pregunté quien cobraba  
los ochavos muy ligero.

Un granadero salió  
de aquellos de morro en pelo,  
que por habano en su boca  
podia llevar mi cuerpo.

Le díge ponte en defensa  
y me respondiò trastruelo

saco al punto mis tigras  
y él el sable sacó luego.

Pero le aprovechó poco  
que á los dos brincos primeros  
el pescuezo le corté  
como si fuera de sebo.

Sin pena ni sobresalto  
fui siguiendo mi paseo,  
y llegué á Caravanchel  
á beber el vino fresco.

Catorce Soldados guardias  
incluso con su sargento  
llegaron aqui á prenderme  
y me dicen date preso.

Por cima brinqué de todos  
y ellos disparan á un tiempo  
y ninguno me tocó  
que fué tener mal acierto.

Viendo tan buena ocasion  
tiro al punto de mi acero  
y á todos les di la muerte,  
este quiero, este no quiero.

Libre de aquestos guardias  
pillo pies para Toledo,  
donde á nadie conocia  
y me hallaba sin dinero.

En un café me metí  
donde habia muchos necios  
y á tratarme principiaron  
como á perro forastero.

Yo con toda mi prudencia  
les díge, señores quedos,  
que soy Francisquillo el sastre  
el terror del universo.

Se miran unos á otros  
apenas esto oyeron  
de risa estan reventando  
y yo de corage lleno.

Saco al punto mis tijeras,  
á cortar retal comienzo,

de brazos, pechos y piernas,  
sin olvidar los pescuezos.

Treinta y ocho dejé allí  
arrastrados por el suelo,  
y yo me puse en la calle  
mas fresco que el mes de Enero.

Me fuí á una fonda y allí  
lo que pedí me sirvieron,  
y con un abonaré  
pagué todo por entero.

Marché pata Andalucía  
y al pasar despeñaperros  
diez ladrones me asaltaron,  
pero yo siempre sereno.

Les pregunté que querian,  
me respondieron dinero;  
les dije no tengo un cuarto  
lo que yo tengo es acero.

Lo que yo desearia  
ser compañero vuestro  
para pue sepais quien soy  
y la destreza que tengo.

Me admitieron muy gustosos  
y á una venta no muy lejos  
fuimos todos á comer  
y nos regaló el ventero.

Allí pasamos la tarde,  
y ya que el sol era puesto  
me dan una caravina  
y cartuchos mas de ciento.

Como una legua anduvimos  
cruzando montes y cerros  
hasta que á un sitio llegamos  
que parece contadero.

Toda la noche estuvimos  
guardando el mayor silencio  
por ver si alguno pasaba  
para despojarlo luego.

Fué nuestra suerte contraria  
pues no vimos ni aun mochuelos

que son aves de rapiña  
como son mis compañeros.

Siendo ya de dia claro  
abandonamos el puesto,  
y todos juntos marchamos  
á un cortijo no muy lejos.

Allí almorzamos en grande  
sin costarnos un dinero,  
y despues fuimos á un monte  
á darle tributo al sueño.

Los diez á dormir se hecharon  
bien calientes de cerebro,  
y yo siempre con afán  
de aumentar á mi acero.

Apenas los vi dormidos  
bufando como unos puercos  
saco mis finas tijeras  
y principio á cortar cuellos.

A los diez dejé difuntos  
y arregistrarlos comienzo,  
y entre todos les hallé  
cerca de ochocientos pesos.

Viendome con esta suma  
sin detenerme un momento  
me Merché para Málaga  
á donde llegué contento.

Paseándome una tarde  
solo por tomar el fresco  
conocí que se burlaban  
de mi cuatro pintureros.

Me arrimé á ellos y les díge,  
señores, soy forastero,  
sastre soy en todas partes  
y así tener miramiento.

Apenas oyeron sastre,  
mira que empeño dijeron,  
entre tres no hacen un hombre  
y aun estira su pescuezo.

Apenas aquesto oí  
meto la mauo en mi acero,

no hice mas que ras y ras  
y dejé los cuatro muertos.

Como era el anochecer  
y mis pies que son el viento  
en un pestañar me puse  
en la ciudad bien adentro.

Entré en una gran posada  
pedí cena y me sirvieron  
y en cama de tres colchones  
pasé la noche en un sueño.

A otro día de mañana  
entré en casa de un prendero  
y compré todo vestido  
á estilo de malagueño.

De Málaga pasé á Ceuta  
á ver unos compañeros  
que por sus buenos servicios  
alli se hallaban de asiento.

Aqui estuve tres semanas  
sin tener ningun tropiezo  
y por no matar cristianos  
me pasé á los moros luego.

En Tanger una noche, á quince  
les agugeré el pellejo,  
tanto que por cada herida  
podia pasar un perro.

Desde Tanger pasé á Argel  
y me estuve mes y medio  
mandando todos los dias  
cuarenta y cinco al infierno.

Me marché á Constantinopla  
Capital de siete imperios  
donde está aquel gran señor  
Rey de setenta y tres reinos.

Aqui seis meses estuve  
en los cuales habré muerto  
pasados de veinte mil,

no hablo mas porque no quiero,

Y nadie me contradiga  
si conservar quiere el cuerpo  
que mis entrañas están  
peor que un rabioso perro.

Que en sacar mis tijeras  
que son dos armas á un tiempo,  
pincho, corto y entresaco  
las entretelas del pecho.

Cuantos en la sepultura  
estan solo por el miedo  
de verlas ensangrentadas  
rebozadas de pellejos.

Esto os lo dice un sastre  
poquito pico y silencio  
que el que no lo quiera creer  
se le hará creer este acero.

Y asi por ahí me vereis  
en el año venídero  
que éste entre los musulmanes  
pienso de pasar contento.

Y asi nadie de los sastres  
se chulée en este tiempo  
que tambien los sastres son  
de hueso, carne y pellejo.

Y os digo á mas y mas,  
que tienen en sus adentros  
corazon, higado y bazo  
y su cuajo bien repleto.

Y aqui dan fin mis batallas  
mis arrojos y mis hechos  
comer, beber y dormir  
es lo que desea el cuerpo.

Que al que se muere lo entierran  
como sucedió al tio Prieto  
que nadie se acuerda de él  
y yo tampoco me acuerdo.

FIN.

Zaragoza. Imprenta de la Viuda de M. Gallifa.  
Reimpreso en Lérida por Corominas.